

**Resumen del curso
'Catequesis para el
hombre nuevo' del
Profesor Antonio Oliver**

Sobre el autor

Antonio Oliver Monserrat nació el 29 de mayo de 1926 en Vilafranca de Bonany (Mallorca), una tierra que siempre permaneció unida a su identidad. Falleció el 9 de enero de 1994 a causa de un paro cardíaco, dejando un legado intelectual y espiritual que continúa inspirando a miles de personas.

Sacerdote teatino, historiador, filósofo, humanista y extraordinario comunicador, Antonio Oliver fue una de las figuras más brillantes del pensamiento español de la segunda mitad del siglo XX. Ingresó muy joven en la Orden de Clérigos Regulares (Teatinos), donde profesó sus votos religiosos en 1943 y fue ordenado sacerdote en Roma el 4 de marzo de 1950.

Su insaciable vocación por el conocimiento le llevó a desarrollar una sólida formación académica internacional. Se licenció en 1952 en Historia de la Iglesia en la Universidad Gregoriana de Roma obteniendo el doctorado dos años más tarde. Diplomado en Biblioteconomía y Archivística por la Escuela Vaticana, amplió estudios en el Instituto Católico de París y en la Universidad de Friburgo. Durante cinco años fue alumno del filósofo Martin Heidegger, una experiencia que marcaría profundamente su forma de comprender al ser humano, la cultura y la trascendencia.

Especialista de referencia en la figura de Ramón Llull, fue profesor de la Maioricensis Schola Lullística, colaboró en la edición crítica de las obras latinas del pensador mallorquín en la Universidad de Friburgo y formó parte del Consejo Rector del Estudio General Luliano de Palma. Su actividad docente se extendió también a la Universidad Autónoma de Madrid donde impartió el curso de Humanidades Contemporáneas y a la Universidad Pontificia de Comillas, donde impartió Historia del Pensamiento.

Sin embargo, quienes lo conocieron coinciden en que su mayor talento no residía únicamente en su extraordinaria erudición, sino en su capacidad para hacer accesibles las grandes preguntas de la existencia. Orador excepcional, poseía un don poco común para comunicar ideas complejas con claridad, profundidad y belleza. A partir de 1981 impartió numerosos cursos y seminarios sobre humanidades, antropología, mitología y pensamiento, convirtiéndose en un maestro admirado por generaciones de alumnos.

Sus conferencias trascendían el ámbito académico y trataban en profundidad al hombre y a Dios, focalizándose en el sentido de la vida, del mito, de la libertad y de la condición humana. Quienes asistían a sus clases recuerdan auditorios siempre llenos y un silencio absoluto ante una palabra capaz de despertar asombro, reflexión y esperanza. Décadas después de su

fallecimiento, muchas de aquellas enseñanzas siguen escuchándose y continúan encontrando nuevos oyentes, prueba de la vigencia de un pensamiento que nunca perdió actualidad.

A lo largo de su vida desempeñó importantes responsabilidades dentro de la Orden Teatina, entre ellas las de Prefecto de Estudiantes, Superior del Seminario Teatino de Son Espanyolet, Director del Colegio de San Cayetano y Vicario Provincial, combinando siempre el servicio pastoral con una intensa actividad intelectual.

Fue también una referencia imprescindible para los estudios sobre Ramón Llull, la historia de la Iglesia y el pensamiento medieval, con numerosas publicaciones que siguen siendo objeto de consulta por investigadores y especialistas.

Como reconocimiento a una trayectoria dedicada al conocimiento, la enseñanza y el servicio, fue nombrado Hijo Ilustre de Vilafranca de Bonany tras su fallecimiento. Hoy una calle de Palma de Mallorca lleva su nombre, recordando a quien hizo del pensamiento una forma de iluminar la vida de los demás.

Antonio Oliver Monserrat fue siempre reconocido por sus alumnos como un maestro sabio y humilde cuya influencia no termina con su tiempo. Su voz continúa resonando porque supo responder, con inteligencia, sensibilidad y una profunda humanidad, a las preguntas que siguen acompañando al ser humano generación tras generación.

El curso “Catequesis para el hombre nuevo”, impartido por Antonio Oliver en 1993, parte de una idea fundamental: el mensaje cristiano permanece, pero necesita encontrar un lenguaje capaz de dialogar con el hombre de cada época. El ser humano contemporáneo ha perdido muchas de las certezas del pasado y vive atravesado por preguntas sobre el sentido, la libertad, el sufrimiento, el amor y la trascendencia. Para Oliver, la fe no debe ofrecerse como un conjunto cerrado de fórmulas, sino como una búsqueda viva. Dios es ese horizonte último hacia el que el hombre camina continuamente, y la verdadera experiencia religiosa no consiste en instalarse en certezas, sino en mantenerse abierto al misterio, aprendiendo a descubrir que la realidad visible remite siempre a algo más profundo.

Desde esta perspectiva, toda la vida se convierte en camino hacia Dios: la creación, las relaciones, el sufrimiento, los sacramentos, la Iglesia y la propia existencia son signos de una realidad que los trasciende. La salvación no comienza después de la muerte, sino que se va construyendo en el presente, en cada acto auténticamente humano. Al final, Oliver lleva toda su reflexión hacia una afirmación esencial: solo el amor permanece. La fe y la esperanza acompañan al hombre durante el camino, pero el amor constituye la realidad definitiva y el núcleo último de la experiencia cristiana. De ahí que la catequesis deba ayudar a cada persona a descubrir su propia humanidad, su vocación y su capacidad de amar, porque para Oliver el camino hacia Dios pasa necesariamente por la profundidad del propio ser humano.

Índice

Introducción	5
El hombre que se acerca al año 2000	6
Religiones y religión	9
El hombre que somos	13
La iglesia	17
La fe y la salvación del hombre	21
Los sacramentos del hombre	25
La construcción del mundo	29
Las grandes fórmulas	33
Un vocabulario nuevo	36

Introducción

Este documento trata de resumir el *curso catequesis para el hombre nuevo* que el P Antonio Oliver tuvo con los jóvenes en 1993.

El curso tiene una duración de más de 15 horas que han sido transcritas y luego resumidas para poder condensar en un discreto resumen las principales ideas que el autor trata de transmitir.

La fuerza de la palabra de Oliver es imposible de plasmar en un documento resumido, sin embargo es posiblemente una buena puerta de entrada para que si el lector encuentra resonancia en sus ideas pueda dirigirse a los audios completos que se encuentran disponibles de manera gratuita.

El hombre que se acerca al año 2000

El cristianismo no cambia, pero su forma de ser presentado sí debe cambiar constantemente. La revelación es siempre la misma: Dios ha dicho todo lo que quería decir al hombre en Jesucristo. Cristo es la palabra definitiva de Dios y contiene plenamente aquello que Dios quiere comunicar a la humanidad. Sin embargo, una vez afirmado esto, aparece la gran cuestión de toda catequesis: cómo transmitir esa verdad a cada persona concreta.

La tarea del catequista no consiste únicamente en conocer el contenido de la fe, sino en saber comunicarlo de forma que pueda ser comprendido. No basta con poseer una verdad; es necesario descubrir cómo hacerla accesible. No se puede hablar igual a un niño que a un adulto, ni presentar la fe del mismo modo a una persona medieval que a un hombre contemporáneo. El contenido permanece, pero el lenguaje, las imágenes, las explicaciones y los puntos de partida deben adaptarse continuamente a quienes escuchan.

La propia pedagogía de Jesús muestra esta actitud. Cristo no dijo todo cuanto podía decir. Él mismo reconoce que muchas cosas no podían ser comprendidas todavía y que sería necesario un proceso posterior para asimilarlas. La verdad necesita encontrar el momento oportuno para ser escuchada. Una verdad presentada fuera de lugar puede causar más daño que una mentira. No porque deje de ser verdad, sino porque quien la recibe todavía no está preparado para comprenderla.

Por eso la catequesis exige una enorme sensibilidad hacia la situación concreta de las personas. El error frecuente consiste en pensar que basta con repetir literalmente aquello que se aprendió en otro tiempo. Sin embargo, las palabras que fueron adecuadas para una generación pueden resultar incomprensibles para otra. Lo que fue útil en un determinado contexto histórico puede perder eficacia cuando cambian la cultura, la sensibilidad y la forma de comprender el mundo.

La historia demuestra que esto sucede continuamente. Cada época necesita volver a traducir el mensaje cristiano a sus propias categorías. No se trata de modificar la fe, sino de hacerla inteligible. Un catequista que repite fórmulas sin preguntarse cómo las recibe su auditorio corre el riesgo de convertirse en una simple transmisora de palabras vacías. Puede estar diciendo verdades y, sin embargo, no comunicar nada.

La situación se vuelve especialmente compleja en el mundo contemporáneo. Durante los últimos siglos la humanidad ha experimentado transformaciones tan profundas que afectan directamente

a la manera de entender la realidad. Las ciencias, la filosofía, la psicología y la visión global del universo han cambiado de forma radical. Muchos de los supuestos sobre los que se apoyaban generaciones anteriores han desaparecido. El hombre actual vive en un contexto muy diferente al de sus antepasados.

La primera gran transformación fue la revolución racional. Con el pensamiento moderno, la razón pasó a ocupar el lugar central. Lo que antes se atribuía a Dios comenzó a explicarse desde la capacidad humana de pensar. La confianza en la inteligencia se convirtió en el criterio principal para interpretar el mundo. Poco a poco, la razón pasó a ser considerada la medida última de las cosas.

La segunda gran transformación fue la revolución astronómica. Durante siglos el hombre creyó que la Tierra ocupaba el centro del universo. Con los descubrimientos astronómicos, esta seguridad desapareció. La Tierra dejó de ser el eje de la creación para convertirse en un pequeño cuerpo celeste dentro de una inmensidad difícil de imaginar. El hombre tuvo que aceptar que ocupaba un lugar mucho más modesto de lo que había supuesto.

La tercera transformación fue la revolución biológica. La teoría de la evolución mostró que el ser humano no aparecía aislado del resto de la naturaleza, sino como parte de un largo proceso evolutivo. El hombre dejó de verse como una realidad separada para descubrirse integrado en una historia biológica mucho más amplia.

Finalmente llegó la revolución antropológica y psicológica. El ser humano descubrió que no se conoce completamente a sí mismo. Bajo la conciencia existe un mundo inmenso de impulsos, deseos, recuerdos y motivaciones que influyen en la conducta sin ser plenamente visibles. El hombre dejó de ser transparente para sí mismo. Descubrió que es mucho más complejo de lo que había imaginado.

Estas cuatro revoluciones han producido una profunda conmoción cultural. Muchas seguridades antiguas se han debilitado. El hombre moderno ya no se siente situado en el centro del universo, ni dueño absoluto de sí mismo, ni poseedor de certezas indiscutibles. Vive en un mundo donde abundan las preguntas y escasean las respuestas definitivas.

Las nuevas generaciones han crecido dentro de este contexto. Aunque no conozcan los nombres de los filósofos o de los científicos que provocaron estas transformaciones, reciben sus consecuencias. Las perciben en la cultura, en la educación, en los medios de comunicación y en la vida cotidiana. Por eso reaccionan de forma diferente ante los discursos religiosos

tradicionales. No rechazan necesariamente la fe; muchas veces rechazan formas de presentarla que ya no responden a las preguntas reales que llevan dentro.

El catequista debe ser consciente de esta situación. No puede dirigirse al hombre contemporáneo como si viviera en otra época. Debe conocer las dudas, las heridas y las búsquedas que caracterizan a su generación. Sólo así podrá presentar el cristianismo como una respuesta auténtica y no como una reliquia del pasado.

La misión consiste precisamente en mostrar que las grandes preguntas humanas siguen abiertas. La cuestión del sentido de la vida, del destino del hombre, del sufrimiento, del amor, de la libertad y de la esperanza permanece viva. Las revoluciones culturales han desmontado muchas respuestas antiguas, pero no han eliminado las preguntas fundamentales.

El hombre contemporáneo puede sentirse solo en un universo inmenso. Puede experimentar que muchas de las antiguas seguridades se han derrumbado. Puede llegar incluso a pensar que la existencia carece de dirección o de significado. Sin embargo, precisamente en ese contexto la fe cristiana puede volver a presentarse con una fuerza nueva. No como una repetición mecánica de fórmulas heredadas, sino como una respuesta viva a las inquietudes más profundas del ser humano.

La verdadera catequesis comienza cuando el educador comprende a quién tiene delante. Sólo entonces puede presentar el mensaje cristiano de forma que ilumine la experiencia concreta de quienes escuchan. La fe no puede ser una colección de respuestas aprendidas de memoria. Debe convertirse en una propuesta capaz de dialogar con las preguntas reales de cada época.

Por eso el reto fundamental no consiste en conservar intactas determinadas formas culturales del pasado, sino en transmitir el núcleo vivo del Evangelio de manera que siga siendo comprensible para el hombre de hoy. La verdad permanece, pero necesita encontrar siempre nuevas palabras para seguir siendo escuchada.

Religiones y religión

La experiencia religiosa no puede comprenderse adecuadamente sin partir del hombre concreto de nuestro tiempo. El hombre contemporáneo arrastra un profundo cansancio interior. Ha heredado siglos de transformaciones culturales, filosóficas y científicas que han ido desmontando muchas de las seguridades sobre las que antes descansaba la existencia. Durante generaciones confió en la razón como fundamento último de la verdad y acabó descubriendo sus límites. Depositó su esperanza en el progreso humano y terminó encontrándose con guerras, injusticias y nuevas formas de sufrimiento. Aprendió a confiar en instituciones, ideologías y sistemas, para comprobar una y otra vez que ninguno era capaz de responder plenamente a sus expectativas. De ahí nace un malestar profundo que no procede únicamente de circunstancias externas, sino que se instala en el interior mismo de la persona.

Este malestar no siempre es consciente. Muchas veces actúa desde zonas ocultas de la personalidad. El hombre cree decidir libremente, pero dentro de él se acumulan experiencias, decepciones, heridas y temores que condicionan su forma de ver el mundo. La conciencia representa sólo una pequeña parte de la vida interior. Bajo ella existe un territorio inmenso donde permanecen almacenadas las huellas de todo aquello que se ha vivido. Allí se encuentran los grandes desengaños colectivos e individuales que siguen influyendo en el comportamiento humano sin que la persona llegue a percibirlo claramente.

Por eso resulta tan difícil hablar hoy de Dios. No basta con repetir fórmulas aprendidas en otros tiempos. No basta con transmitir definiciones heredadas. Quien escucha ya no es el mismo hombre de hace siglos. Es una persona que ha aprendido a desconfiar, que sospecha de las verdades absolutas y que se muestra cautelosa ante cualquier afirmación que pretenda imponerse como definitiva. Hablar de Dios exige comprender previamente a este hombre herido, cansado y desengañado que se sienta delante.

La cuestión fundamental consiste entonces en preguntarse qué es realmente la religión. Durante mucho tiempo se pensó que la religión era simplemente la relación del hombre con Dios. Sin embargo, una reflexión más profunda permite descubrir dimensiones mucho más amplias. La religión puede entenderse como la verdadera dimensión del hombre, aquello que expresa lo más profundo de su condición humana. También puede entenderse como la convicción de que todo tiene sentido, incluso aquello que parece absurdo o incomprensible. Finalmente, puede entenderse como la relación del hombre con el misterio último que llamamos Dios.

Estas tres definiciones no se contradicen. Al contrario, se complementan. La religión aparece así como una forma de comprender la existencia en la que el hombre descubre que su vida posee una dirección, que la realidad no es un caos sin significado y que existe una dimensión trascendente que da unidad a todo cuanto sucede.

Sin embargo, surge inmediatamente una dificultad. Si Dios es el centro de la religión, ¿quién puede decir realmente quién es Dios? Toda la historia religiosa demuestra que el hombre ha intentado describirlo, definirlo y nombrarlo. Pero cuanto más se acerca a Él, más descubre que escapa a cualquier definición. Dios no cabe en ninguna palabra humana. Ningún concepto logra encerrarlo. Ninguna imagen consigue representarlo completamente. Todo lo que se dice sobre Dios resulta insuficiente porque Él siempre está más allá de aquello que podemos pensar o expresar.

Por eso la experiencia religiosa auténtica comienza con una paradoja. El hombre busca a Dios precisamente porque ya lo posee de algún modo. Si no existiera en él una huella previa de Dios, jamás sentiría el deseo de buscarlo. Todo ser humano lleva dentro una inquietud fundamental que lo impulsa hacia algo que nunca termina de alcanzar. Busca la felicidad, el amor, la verdad, el éxito o la plenitud, pero cuando obtiene alguna de estas cosas descubre que todavía queda algo más allá. Siempre aparece un nuevo horizonte. Siempre surge una nueva búsqueda. Ese horizonte último, que nunca se deja poseer completamente, es lo que llamamos Dios.

Dios no es una meta que pueda alcanzarse de una vez para siempre. Es el horizonte permanente que acompaña toda la existencia. Está al final del camino, pero también al principio. Es aquello que atrae al hombre hacia delante y al mismo tiempo la fuerza interior que le impulsa a caminar. Por eso la vida religiosa no consiste en poseer a Dios, sino en buscarlo continuamente.

Aquí aparece una de las críticas más profundas dirigidas a las religiones cuando se convierten en sistemas cerrados. Con frecuencia las religiones han pretendido ofrecer respuestas definitivas sobre Dios, estableciendo fórmulas, normas, instituciones o estructuras que parecen poseerlo. Cuando esto sucede, la búsqueda se detiene. El creyente deja de caminar porque cree haber llegado ya a la meta. La religión corre entonces el riesgo de transformarse en lo contrario de aquello para lo que nació.

La verdadera experiencia religiosa no consiste en instalarse cómodamente en una respuesta definitiva, sino en mantenerse abierto al misterio. La inquietud forma parte esencial de la fe. Quien busca sigue caminando. Quien cree haber encontrado definitivamente deja de avanzar. Por eso el peligro no está tanto en la duda como en la falsa seguridad. El que sigue buscando

permanece vivo espiritualmente. El que cree poseer toda la verdad corre el riesgo de convertir la religión en una prisión.

La imagen más adecuada para comprender esta realidad es la de un péndulo que oscila continuamente. La existencia humana se mueve entre momentos de afirmación y momentos de negación, entre creencia e increencia, entre seguridad e incertidumbre. Esta oscilación no es un defecto de la vida religiosa. Es precisamente su expresión más auténtica. El hombre busca a Dios avanzando, retrocediendo, dudando, afirmando y volviendo a empezar. La fe no es una línea recta. Es un movimiento continuo.

Desde esta perspectiva, la increencia deja de aparecer como el enemigo absoluto de la religión. Muchas veces quien atraviesa una crisis religiosa continúa buscando a Dios con más sinceridad que quien repite mecánicamente fórmulas aprendidas. El problema no está en las preguntas, sino en dejar de buscar. Lo verdaderamente peligroso es la inmovilidad. El creyente que se instala puede alejarse de Dios tanto como el incrédulo que rechaza toda búsqueda.

La religión auténtica no es un lugar donde quedarse, sino un camino que recorrer. Por eso las grandes figuras religiosas aparecen siempre como caminantes. Abraham abandona la tierra de sus padres sin saber adónde va. Su fe comienza precisamente cuando acepta abandonar las seguridades que poseía. Dios no le entrega un mapa completo ni una explicación detallada. Lo invita a caminar. La fe nace del movimiento, no de la instalación.

Lo mismo sucede en el Evangelio. Las palabras de Jesús están llenas de verbos de movimiento. Invita a seguirle, a ponerse en camino, a dejar atrás determinadas seguridades y a avanzar hacia lo desconocido. Nunca propone una religión entendida como refugio inmóvil. La vida espiritual aparece constantemente como una peregrinación.

Por eso la religión es siempre un medio y nunca un fin. Las instituciones, las normas, los ritos y las tradiciones tienen valor en la medida en que ayudan al hombre a acercarse a Dios. Cuando se convierten en objetivos por sí mismos pierden su sentido original. Un medio que deja de conducir a la meta deja de cumplir su función.

Esta lógica puede observarse también en la educación. Un buen educador ayuda a crecer hasta que llega un momento en que deja de ser necesario. Lo mismo ocurre con la religión. Cuanto más auténtica es, más conduce hacia una relación directa y personal con Dios. No pretende crear dependencias eternas, sino favorecer la maduración espiritual de la persona.

Por eso la fe evoluciona. Al comienzo necesita apoyarse en muchas certezas, normas y explicaciones. Con el tiempo, sin embargo, va simplificándose. El creyente descubre que detrás de todas las formulaciones existe una única realidad esencial. Poco a poco aprende a desprenderse de apoyos secundarios para concentrarse en lo verdaderamente importante. La fe madura no consiste en creer cada vez más cosas, sino en creer cada vez más profundamente en aquello que realmente importa.

La religión auténtica no elimina la inquietud humana, sino que la orienta. No pretende ofrecer respuestas cerradas a todas las preguntas, sino acompañar al hombre en su búsqueda permanente. Su misión consiste en recordar que la vida posee sentido, que toda experiencia puede integrarse en un horizonte más amplio y que detrás de cada meta alcanzada sigue existiendo un misterio que invita a continuar caminando.

Por eso la verdadera religión nunca se identifica plenamente con ninguna institución, ningún sistema ni ninguna época histórica. Está presente allí donde un ser humano continúa buscando la verdad, el sentido y a Dios con sinceridad. Allí donde existe esa búsqueda permanece viva la experiencia religiosa. Allí donde desaparece la búsqueda, incluso aunque se conserven todas las formas externas, la religión corre el riesgo de convertirse en una simple apariencia.

El hombre que somos

La experiencia del futuro plantea una dificultad que durante siglos apenas se percibió y que hoy resulta inevitable afrontar. Durante mucho tiempo el hombre creyó que avanzaba hacia metas definitivas. Pensó que el progreso científico resolvería sus problemas, que el conocimiento acabaría proporcionando felicidad, que las nuevas formas de organización social traerían una plenitud estable y que la humanidad terminaría encontrando una situación en la que podría instalarse para siempre. Sin embargo, la experiencia histórica parece haber demostrado lo contrario. Cada conquista ha terminado revelando sus límites. Cada promesa ha acabado mostrando nuevas insuficiencias. Cada meta alcanzada ha despertado el deseo de una nueva meta.

Por eso resulta imposible hablar del futuro como si su existencia estuviera garantizada de antemano. Ya no basta con afirmar que existe una vida futura o una plenitud definitiva. Antes es necesario comprender por qué el hombre sigue buscando más allá de todas las realizaciones que ha conseguido. La cuestión fundamental no es demostrar la existencia de Dios mediante razonamientos abstractos, sino comprender la estructura misma del ser humano. Hay algo en el hombre que le impide detenerse. Algo que lo empuja constantemente más allá de cada situación alcanzada.

La historia ofrece innumerables ejemplos. Hubo un tiempo en que se creyó que la Tierra ocupaba el centro del universo. Después se descubrió que no era así. Se pensó que la conciencia dominaba plenamente la vida humana y más tarde se descubrió la inmensa influencia de regiones inconscientes. Se confió en que la técnica resolvería definitivamente los problemas de la humanidad y pronto aparecieron nuevos desafíos que exigían soluciones diferentes. Cada una de estas negaciones podría interpretarse como una derrota. Sin embargo, vistas desde otra perspectiva, revelan algo muy distinto.

Lo verdaderamente importante es preguntarse quién ha destruido todas esas falsas seguridades. No han sido fuerzas ajenas al hombre. Ha sido el propio hombre quien ha derribado cada una de sus construcciones cuando descubría que eran insuficientes. El mismo ser humano que edificaba una explicación terminaba trascendiéndola. El mismo que construía una respuesta acababa encontrando preguntas nuevas. Por eso cada desengaño contiene una enseñanza profunda. No demuestra la incapacidad humana para avanzar, sino precisamente lo contrario. Demuestra que ninguna realidad limitada puede satisfacer completamente la aspiración humana.

Cada negación del pasado se convierte así en una profecía del futuro. Cuando una persona abandona una casa porque ya no le basta, no lo hace porque haya dejado de necesitar vivienda, sino porque busca una morada mejor. Cuando una generación rechaza las respuestas heredadas no significa necesariamente que haya renunciado a la verdad, sino que busca una verdad más amplia. La historia humana avanza precisamente porque ninguna situación resulta definitiva.

Quizá por primera vez la humanidad comienza a comprender con claridad esta realidad. Ninguna construcción histórica será jamás la última. Ninguna organización social, ningún sistema filosófico, ninguna conquista científica y ninguna forma cultural podrá ofrecer la plenitud definitiva. Todo lo que el hombre construya seguirá siendo provisional. Toda morada humana será temporal. Todo logro será penúltimo.

Esta constatación puede producir inquietud, pero también encierra una enorme esperanza. Si ninguna situación es definitiva, significa que el hombre está hecho para algo más grande que cualquier situación concreta. La insatisfacción permanente deja de ser una enfermedad para convertirse en una señal de grandeza. El hombre no cabe en ninguna de sus obras porque está llamado a algo que las supera todas.

La experiencia bíblica expresa esta verdad mediante la imagen del desierto. Los israelitas abandonan Egipto, una civilización poderosa y desarrollada, para adentrarse en un territorio inhóspito e incierto. Desde una perspectiva superficial, aquella decisión parecía absurda. Dejaban atrás la seguridad para abrazar la precariedad. Sin embargo, precisamente ahí residía el sentido profundo del camino. Egipto representaba una realidad terminada. El desierto representaba una realidad abierta.

La vida humana se parece mucho más al desierto que a Egipto. Cada vez que el hombre convierte una situación provisional en una instalación permanente, detiene su crecimiento. Por eso los israelitas habitaban en tiendas de campaña. Cada noche levantaban su refugio y cada mañana lo desmontaban para continuar avanzando. La tienda servía para descansar, pero no para quedarse. Era una morada útil precisamente porque no era definitiva.

Algo semejante sucede con todas las realidades humanas. Las ideas, los proyectos, las instituciones, las relaciones y los logros son necesarios. Constituyen refugios provisionales en el camino. Pero pierden su función cuando se transforman en destinos finales. La vida humana exige la capacidad de desmontar continuamente las propias seguridades para seguir avanzando.

Esta dinámica permite comprender mejor la cuestión de la salvación. Si todo cuanto existe en este mundo es provisional, la plenitud no puede encontrarse dentro de ninguna realidad limitada. La pregunta deja entonces de ser qué poseemos y pasa a ser quiénes llegamos a ser. El problema de la salvación no consiste simplemente en trasladar al hombre a otro lugar. Consiste en comprender qué es aquello que verdaderamente permanece.

La tradición occidental estuvo marcada durante siglos por una concepción dualista heredada del pensamiento griego. Según esta visión, el hombre estaría compuesto por dos realidades distintas: un alma inmortal y un cuerpo mortal. El cuerpo sería una especie de prisión temporal mientras que el alma constituiría la verdadera identidad de la persona. La muerte aparecería entonces como una liberación. El cuerpo quedaría atrás mientras el alma continuaría viviendo.

Sin embargo, esta explicación plantea dificultades profundas. Si el alma sobrevive y el cuerpo desaparece, ¿qué ocurre realmente con la persona? El hombre no experimenta su existencia como dos realidades independientes. Vive como una unidad. Piensa, ama, sufre, recuerda y se relaciona a través de una integración inseparable de todo su ser. Separar radicalmente alma y cuerpo termina fragmentando aquello que la experiencia presenta como una unidad.

La tradición bíblica ofrece una comprensión distinta. El hombre no aparece como la suma de dos elementos separados, sino como una realidad única. Cuando vive, vive todo él. Cuando sufre, sufre todo él. Cuando muere, muere todo él. La muerte no afecta únicamente a una parte de la persona. Afecta al hombre entero.

Esta visión transforma también la comprensión de la resurrección. No se trata de una simple supervivencia de una parte del hombre mientras otra desaparece. La resurrección se refiere a la totalidad de la persona. El hombre entero está llamado a una vida nueva. Por eso la resurrección no puede entenderse como la simple reanimación de un cuerpo físico abandonado en la sepultura. Se trata de algo mucho más profundo.

La experiencia cotidiana ofrece una pista para comprenderlo. A lo largo de la vida cada persona va dejando atrás innumerables versiones de sí misma. El niño de siete años desaparece para dar paso al adolescente. El adolescente deja paso al adulto. Cada etapa exige la muerte de la anterior. Sin embargo, aquello que desaparece no se pierde realmente. Permanece integrado en una realidad más amplia.

La vida entera funciona de este modo. Crecer significa despedirse continuamente de formas anteriores de existir. Quien se negara a abandonar la infancia jamás alcanzaría la madurez. Quien

se aferrara a cada etapa impediría el desarrollo de las siguientes. Toda vida auténtica exige una cierta capacidad de morir.

Por eso puede decirse que la muerte acompaña constantemente a la existencia. No aparece únicamente al final. Está presente en cada transformación importante. Cada crecimiento supone una renuncia. Cada avance implica dejar atrás algo que ya no puede continuar siendo. La vida se alimenta continuamente de pequeñas muertes.

La muerte biológica aparece entonces como la culminación de un proceso que ha acompañado al hombre desde el principio. No constituye una ruptura absurda, sino la expresión máxima de una dinámica ya presente en toda existencia humana. Así como cada etapa nueva exigió abandonar la anterior, la plenitud definitiva exige abandonar la totalidad de la condición presente.

La resurrección puede comprenderse entonces como el nacimiento del hombre definitivo. A lo largo de la vida cada persona va construyendo su verdadero ser. Cada experiencia, cada amor, cada sufrimiento, cada decisión y cada descubrimiento dejan una huella. Nada de lo auténticamente humano se pierde. Todo queda integrado en una realidad más amplia que todavía no puede manifestarse plenamente.

Por eso la muerte no destruye la historia personal. La lleva a su cumplimiento. Todo aquello que la persona ha llegado a ser alcanza entonces su forma definitiva. La existencia entera aparece como una larga preparación para ese momento en el que el hombre podrá convertirse plenamente en aquello que estaba llamado a ser desde el principio.

La esperanza cristiana nace precisamente de esta convicción. No se basa en la conservación indefinida de la realidad presente ni en la simple prolongación de la vida actual. Se fundamenta en la certeza de que todo lo que ha sido vivido auténticamente posee un valor permanente. Ninguna experiencia verdadera desaparece. Ningún amor se pierde. Ningún crecimiento queda anulado.

La vida humana se parece así a una peregrinación en la que cada etapa prepara la siguiente. Todo cuanto parece definitivo termina revelándose provisional. Pero precisamente porque nada limitado puede satisfacer plenamente al hombre, cada desengaño se convierte en una invitación a seguir caminando. La historia entera de la humanidad parece apuntar en esa dirección: avanzar constantemente más allá de cada logro para descubrir una plenitud que ninguna realidad temporal puede contener.

La iglesia

La Iglesia es probablemente una de las realidades más difíciles de explicar en el mundo contemporáneo. Pocas instituciones han acumulado tanto prestigio y tanta crítica al mismo tiempo. Para muchos representa una referencia espiritual imprescindible; para otros, una estructura desgastada por la historia, cargada de errores y contradicciones. Precisamente por eso, cualquier reflexión honesta sobre la Iglesia debe comenzar reconociendo esta dificultad. No sirve ignorar las críticas ni refugiarse en una defensa automática. La Iglesia forma parte de la historia humana y, como todo lo humano, está marcada por luces y sombras.

La primera tentación consiste en considerar la Iglesia como una realidad intocable, inmune a cualquier juicio crítico. Sin embargo, una mirada más profunda obliga a reconocer que la Iglesia está formada por hombres y mujeres concretos. Si quienes la componen son limitados, también lo serán muchas de sus expresiones históricas. La Iglesia no puede separarse completamente de las personas que la constituyen. Su dimensión divina convive constantemente con una dimensión humana sometida a las mismas fragilidades, errores y contradicciones que afectan a toda la humanidad.

Esta constatación conduce a una pregunta fundamental: ¿qué es realmente la Iglesia? Durante mucho tiempo se la definió principalmente como una institución religiosa, una organización destinada a conservar y transmitir la fe. Sin embargo, esta definición resulta insuficiente. La Iglesia sólo puede comprenderse adecuadamente cuando se sitúa entre dos realidades mayores: el mundo y el Reino de Dios.

El mundo representa la realidad concreta en la que viven los hombres. Es la historia, la cultura, las sociedades, las alegrías y los sufrimientos humanos. El Reino de Dios representa la plenitud hacia la que todo se dirige, el cumplimiento definitivo de la historia, la reconciliación última entre Dios y la humanidad. Entre ambos aparece la Iglesia.

La Iglesia no es el mundo, pero tampoco es todavía el Reino. Existe precisamente en la distancia que separa una realidad de la otra. Es el lugar donde el mundo comienza a orientarse hacia aquello que todavía no posee plenamente. Es la historia cuando empieza a abrirse a la eternidad. Es el Reino irrumpiendo ya en el tiempo sin haberse consumado todavía.

Por eso no puede entenderse la Iglesia como un obstáculo situado entre el hombre y Dios. A veces se ha formulado esta crítica: Cristo anunció el Reino de Dios y lo que apareció fue la

Iglesia. Sin embargo, esta visión olvida que la Iglesia no sustituye al Reino. Es el camino por el que el Reino comienza a hacerse presente. Allí donde el mundo busca sinceramente la salvación, allí donde la humanidad empieza a orientarse hacia algo más grande que ella misma, aparece ya la Iglesia.

De esta forma, la Iglesia puede entenderse simultáneamente de dos maneras. Por un lado, es el mundo caminando hacia el Reino. Por otro, es el Reino irrumpiendo ya en el mundo. Ambas dimensiones son inseparables. La Iglesia existe precisamente porque el futuro de Dios ha comenzado ya a penetrar en la historia humana.

Esta comprensión permite entender también por qué la Iglesia puede definirse como un sacramento. Un sacramento posee siempre una dimensión visible y otra invisible. Hay una realidad material que puede tocarse y una gracia que actúa a través de ella. Del mismo modo, la Iglesia posee una dimensión histórica, visible, institucional y humana, pero en esa realidad limitada actúa algo que la supera. Su fragilidad exterior no elimina la presencia de una promesa que la habita desde dentro.

Precisamente porque la Iglesia vive entre el mundo y el Reino, su historia se desarrolla constantemente bajo una tensión. A lo largo de los siglos ha oscilado entre dos riesgos opuestos. El primero consiste en acercarse demasiado al mundo. Cuando esto sucede, corre el peligro de asumir los criterios del poder, de la riqueza, de la influencia o del prestigio social. La Iglesia pierde entonces capacidad profética porque termina pareciéndose excesivamente a aquello que debería iluminar.

El riesgo contrario consiste en alejarse demasiado del mundo para refugiarse únicamente en lo espiritual. En ese caso conserva una gran pureza religiosa, pero deja de ser significativa para la vida concreta de las personas. Se vuelve inaccesible, distante, incapaz de dialogar con los problemas reales de la historia.

Toda la historia de la Iglesia puede leerse como un movimiento entre estas dos tentaciones. Durante los primeros siglos vivió inmersa en un mundo hostil. Era una minoría perseguida, sin poder político ni influencia social. Esta situación la obligó a fortalecerse interiormente. Fue una Iglesia pobre en recursos materiales, pero extraordinariamente rica en convicciones, espiritualidad y capacidad de testimonio.

Más tarde llegó una situación completamente distinta. Con la cristianización de Europa y el desarrollo de la Edad Media, la Iglesia pasó a ocupar una posición central dentro de la sociedad. El mundo entró dentro de la Iglesia. Reyes, gobernantes, instituciones y estructuras políticas

comenzaron a actuar en estrecha relación con ella. La Iglesia adquirió una enorme capacidad de influencia y llegó a ejercer funciones que hoy resultarían difíciles de imaginar.

Esta nueva situación produjo logros importantes, pero también generó peligros evidentes. Cuanto más se acercaba al poder, más difícil resultaba distinguir dónde terminaba la misión espiritual y dónde comenzaban los intereses temporales. La Iglesia ganó presencia exterior, pero corría el riesgo de perder profundidad interior.

La época contemporánea ha heredado la memoria de ambos extremos. Por un lado, existe el temor a repetir los errores de una Iglesia excesivamente identificada con el poder. Por otro, existe el peligro de reducirla a una experiencia puramente privada e irrelevante para la vida social. Ninguna de estas soluciones resulta satisfactoria.

La verdadera tarea consiste en encontrar una síntesis capaz de conservar simultáneamente la autonomía del mundo y la misión propia de la Iglesia. No se trata de que la Iglesia domine la sociedad ni de que desaparezca completamente de ella. Tampoco se trata de separar radicalmente lo espiritual y lo humano, como si fueran dos realidades independientes.

La raíz del problema se encuentra en una comprensión insuficiente del propio hombre. Desde la encarnación de Cristo resulta imposible separar completamente lo humano de lo divino. Dios no se limitó a acercarse al hombre desde fuera. Entró en la condición humana. Se hizo uno de nosotros. Desde entonces la realidad humana aparece inseparablemente vinculada a una dimensión trascendente.

Esto significa que el hombre no puede reducirse a una existencia puramente material. Su dignidad, su libertad, su capacidad de amar, de buscar la verdad y de abrirse a lo eterno forman parte de lo que realmente es. Cuando se intenta expulsar toda referencia trascendente de la vida humana, no se elimina únicamente a Dios; se empobrece también la comprensión del hombre.

Por eso la relación entre Iglesia y mundo no puede entenderse como una simple yuxtaposición. No son dos esferas completamente separadas. Están llamadas a encontrarse sin confundirse. El mundo conserva su autonomía y sus propias responsabilidades. La Iglesia conserva su misión específica. Pero ambos se necesitan mutuamente porque ambos están al servicio de la misma realidad: la plenitud del ser humano.

La Iglesia no existe para absorber el mundo. Existe para recordarle que no está cerrado sobre sí mismo. Existe para mantener viva la esperanza de que la historia tiene un sentido más amplio

que sus éxitos y fracasos inmediatos. Existe para recordar que el hombre está llamado a algo mayor que aquello que puede alcanzar por sus propias fuerzas.

Al mismo tiempo, la Iglesia necesita permanecer en contacto con el mundo porque su misión se realiza precisamente dentro de la historia. No puede convertirse en una comunidad encerrada sobre sí misma. Su tarea consiste en acompañar la vida humana concreta, compartir sus preguntas, iluminar sus conflictos y participar en la construcción de una sociedad más justa y más humana.

Por eso la Iglesia no puede identificarse plenamente con ninguna de sus formas históricas. No coincide totalmente con la Iglesia de las catacumbas, ni con la Iglesia medieval, ni con ninguna de las configuraciones que ha adoptado a lo largo de los siglos. Todas ellas expresan aspectos reales de la Iglesia, pero ninguna la agota completamente.

La Iglesia permanece siempre en camino. Vive en tensión entre lo que ya es y aquello que todavía está llamada a ser. Se mueve constantemente entre el mundo que habita y el Reino que espera. Su verdadera identidad no consiste en instalarse definitivamente en ninguna forma histórica, sino en mantenerse abierta al futuro de Dios.

Por eso la Iglesia aparece finalmente como una realidad dinámica, una peregrina de la historia. No es una meta alcanzada, sino un camino. No es la plenitud definitiva, sino su anuncio. No es el Reino de Dios consumado, sino el signo de que ese Reino ya ha comenzado a hacerse presente entre los hombres y continúa avanzando hacia su cumplimiento definitivo.

La fe y la salvación del hombre

La salvación es uno de los conceptos más centrales del cristianismo y, al mismo tiempo, uno de los peor comprendidos. Durante siglos se explicó utilizando categorías culturales que respondían a la mentalidad medieval. Aquellas explicaciones fueron útiles en su momento, pero hoy resultan insuficientes para muchas personas. El problema no está en la verdad que pretendían transmitir, sino en los presupuestos desde los que se formulaban. Cuando esos presupuestos desaparecen, también se debilita la comprensión de la propia salvación.

Por eso muchas personas continúan utilizando la palabra “salvarse” sin tener claro qué significa realmente. Hablan de la vida eterna, de la resurrección o del cielo, pero cuando la muerte aparece de cerca, las seguridades se tambalean. La pregunta surge entonces de forma espontánea: ¿qué significa verdaderamente salvarse? ¿Qué ocurre con el hombre? ¿Es la salvación un lugar al que se viaja después de la muerte o es algo distinto?

La primera afirmación fundamental es que la salvación no puede entenderse como un viaje. El hombre no muere aquí para desplazarse después hacia otro lugar donde finalmente encontrará a Dios. Toda explicación que imagine la salvación como un desplazamiento desde este mundo hacia otro resulta insuficiente. La salvación cristiana no consiste en ir de un sitio a otro. Consiste en alcanzar la plenitud de aquello que ya está ocurriendo en la propia existencia.

Para comprender esta idea es necesario revisar la relación entre creación, redención y salvación. Tradicionalmente se presentaban como tres etapas sucesivas: primero Dios crea, después redime mediante Cristo y finalmente salva. Esta visión contiene una parte de verdad, pero puede llevar a interpretaciones equivocadas si se entiende como una simple sucesión cronológica. La creación no es una realidad separada de la redención, ni la redención es una realidad separada de la salvación. Las tres forman parte de un único movimiento.

Dios no crea un mundo vacío de sentido para repararlo más tarde cuando aparece el pecado. La creación posee sentido desde el primer instante porque ya contiene en sí misma la redención y la salvación como su finalidad más profunda. La creación está orientada desde el principio hacia Cristo. Todo ha sido creado para Él y en función de Él. La historia no avanza desde un accidente inicial hacia una reparación improvisada, sino desde un proyecto querido desde el principio hacia su plenitud definitiva.

Por eso la creación puede compararse con una realidad que lleva dentro de sí una promesa todavía no realizada. Como una semilla contiene el árbol futuro, la creación contiene ya la redención y la salvación. La historia entera avanza hacia una forma más plena de sí misma. Nada está desconectado. Todo forma parte de un mismo proceso creador.

La redención aparece entonces como el momento en que Dios entra plenamente en su propia creación. Cristo no es una solución improvisada ante el fracaso humano. Es el centro mismo del proyecto creador. La creación existía para que pudiera aparecer la unión perfecta entre Dios y el hombre. Cristo representa precisamente esa unión. En Él la creación alcanza una profundidad que por sí sola no habría podido manifestar.

Pero la redención tampoco constituye el final del camino. Cristo no viene simplemente para redimir, sino para conducir toda la creación hacia la salvación. La redención encuentra su sentido en la salvación, igual que la creación encuentra su sentido en la redención. Cada etapa explica la anterior y la lleva a su plenitud.

La pregunta vuelve entonces con más fuerza: ¿qué es exactamente la salvación? La respuesta exige abandonar la idea de una recompensa futura acumulada al final de la vida. Durante mucho tiempo se utilizó un lenguaje que comparaba la salvación con una especie de economía espiritual. Las buenas obras generaban méritos que Dios recompensaría después. Esta explicación contiene una intuición válida, pero corre el riesgo de separar artificialmente la vida presente de la vida eterna.

La realidad es más profunda. La salvación no comienza después de la muerte. Comienza ahora. No es una recompensa exterior que se recibe más adelante. Es una transformación interior que ya está sucediendo. Cada acto auténticamente humano abre espacio dentro de la persona para que entre la eternidad. Cada gesto de amor, cada reconciliación, cada sacrificio aceptado, cada acto de fidelidad y cada respuesta generosa permiten que la salvación actúe ya en el interior del hombre.

Cuando una persona perdona a quien le ha hecho daño, no está simplemente acumulando méritos para el futuro. Ya está participando de la salvación. Cuando afronta con dignidad el sufrimiento, cuando actúa con justicia o cuando se abre a la verdad, algo de la eternidad entra ya en su vida. La salvación no espera al final del camino. Se construye dentro del propio camino.

Por eso la creación y la salvación están íntimamente unidas. El hombre no se salva alejándose de la creación, sino llevándola consigo hacia su plenitud. Toda la creación espera ser salvada a

través del hombre. Los seres humanos ocupan una posición singular porque pueden reconocer el sentido de las cosas, amarlas y conducir las hacia una forma más plena de existencia. La creación entera participa de este movimiento. Nada queda excluido.

La salvación no es individualista. Nadie se salva solo. Cada persona arrastra consigo una parte de la creación. Todo cuanto ama, transforma, protege o eleva participa también de ese movimiento hacia la plenitud. Del mismo modo, todo aquello que destruye, degrada o rechaza queda herido por su conducta. La responsabilidad humana alcanza una dimensión cósmica porque la creación entera está implicada en el destino del hombre.

Desde esta perspectiva también cambia la comprensión de la muerte. La muerte no constituye el momento en que comienza la vida eterna. La vida eterna ya ha comenzado. La muerte representa únicamente la culminación de un proceso que lleva desarrollándose durante toda la existencia. Quien ha permitido que la salvación crezca dentro de sí descubre en la muerte la plenitud de aquello que ya estaba viviendo. No encuentra algo completamente extraño. Encuentra la profundidad definitiva de una realidad que ya habitaba en él.

Por eso puede afirmarse que el cielo no es un lugar lejano al que haya que viajar. El cielo comienza allí donde Dios habita plenamente en el hombre. La tradición cristiana expresó esta idea afirmando que el alma del justo es ya una morada de Dios. Si Dios habita dentro del hombre, la salvación no consiste en recorrer una distancia infinita para alcanzarlo, sino en descubrir plenamente una presencia que ya estaba actuando en lo más profundo de la propia existencia.

La vida entera aparece entonces como una construcción progresiva de eternidad. Cada decisión, cada relación y cada experiencia pueden contribuir a esta construcción o dificultarla. Nada resulta indiferente. Todo participa de ese movimiento que conduce desde la creación hacia la plenitud final. La eternidad no comienza después del tiempo. Se va gestando dentro del tiempo.

Sin embargo, la salvación definitiva no afecta únicamente a cada individuo. La creación entera camina hacia una consumación común. Cada persona alcanza su propia plenitud al morir, pero la historia continúa. Otros hombres y mujeres siguen desarrollando la tarea de conducir la creación hacia su destino. Por eso existe una dimensión colectiva de la salvación que abarca a toda la humanidad y a toda la creación.

La consumación final no consiste en la destrucción del mundo, sino en su transformación. La creación no está destinada a desaparecer, sino a alcanzar aquello para lo que fue creada desde

el principio. Todo converge hacia una unidad más profunda. Todo tiende hacia una plenitud donde la creación encontrará finalmente el sentido completo que ya buscaba desde su origen.

La salvación puede entenderse así como la realización plena de la creación. No es una huida del mundo, sino su culminación. No es el abandono de la vida, sino su plenitud. No es una recompensa añadida desde fuera, sino la maduración definitiva de aquello que Dios sembró desde el principio en el corazón del hombre y en el interior mismo del universo.

Los sacramentos del hombre

Los sacramentos sólo pueden comprenderse adecuadamente cuando se parte de una visión sacramental de toda la realidad. Mientras el hombre considere que la materia es únicamente materia, los sacramentos resultarán incomprensibles. Si el agua es sólo agua, el pan es sólo pan, el vino es sólo vino y la vida humana es únicamente una sucesión de acontecimientos materiales, entonces los sacramentos pierden todo significado. Antes de comprender los sacramentos hay que aprender a mirar el mundo de otra manera.

La realidad visible no agota toda la realidad. Lo que vemos constituye únicamente una manifestación de algo mucho más profundo. Las cosas tienen valor porque remiten más allá de sí mismas. Una montaña, un árbol, una amistad, una alegría, una enfermedad o incluso la muerte poseen un significado que va más allá de su simple apariencia material. La materia funciona como una señal, como una indicación, como una puerta abierta hacia una realidad más profunda. Ésta es precisamente la esencia de una visión sacramental del mundo.

Esta forma de comprender la realidad aparece representada de manera magistral en el mito de la caverna de Platón. Los hombres viven encadenados mirando sombras proyectadas sobre una pared y creen que esas sombras constituyen la realidad completa. Sin embargo, detrás de ellas existe una realidad más auténtica que no pueden ver porque permanecen prisioneros de su posición. El problema no consiste en que las sombras sean falsas, sino en que son insuficientes. Remiten a algo más profundo que ellas mismas. Lo mismo sucede con el mundo material. No es una mentira, pero tampoco es la totalidad de la realidad. Es una señal que apunta hacia algo más grande.

Por eso la tarea fundamental del hombre consiste en aprender a mirar. Cristo insiste continuamente en ello. Invita a contemplar los pájaros del cielo, las flores del campo, las semillas, los árboles y los acontecimientos cotidianos. No porque quiera distraer la atención con ejemplos poéticos, sino porque todo cuanto existe puede convertirse en una puerta hacia una comprensión más profunda. El problema no está en la realidad. El problema está en la mirada. Dos personas pueden contemplar la misma flor y una ver únicamente una flor mientras la otra descubre en ella una revelación del sentido de la existencia.

Desde esta perspectiva toda la creación se convierte en un inmenso sacramento. No existe ninguna situación humana que no pueda remitir a Dios. La alegría puede hacerlo. También el

sufrimiento. La salud y la enfermedad. El éxito y el fracaso. La amistad y la soledad. Nada queda excluido. No existe ninguna experiencia que impida al hombre abrirse a la trascendencia. Todo puede convertirse en camino. Todo puede transformarse en una ocasión para descubrir una realidad más profunda.

Por eso resulta erróneo pensar que determinadas circunstancias alejan necesariamente de Dios. La creación entera posee una estructura sacramental. Todo cuanto existe puede conducir hacia Él. Lo decisivo no es la situación concreta en la que se encuentra una persona, sino la forma en que la vive. La misma experiencia puede convertirse en una oportunidad de crecimiento o en una prisión. La diferencia depende de la capacidad de descubrir en ella una dimensión más profunda que la mera apariencia exterior.

Esta visión transforma completamente la relación entre el hombre y el mundo. Durante siglos existió la tentación de considerar la creación como un obstáculo para la salvación. Se pensó que acercarse a Dios exigía alejarse del mundo, abandonar sus realidades concretas y escapar de todo lo material. Surgió así la idea de la fuga mundi, la huida del mundo. Sin embargo, esta interpretación resulta insuficiente. Cristo no vino para destruir la creación ni para enseñar a despreciarla. Vino para mostrar su significado más profundo.

La verdadera fuga del mundo no consiste en abandonar la creación, sino en abandonar una comprensión superficial de ella. No se trata de huir de los árboles, de los amigos, del amor o de la vida. Se trata de dejar atrás una visión reducida que sólo percibe la superficie de las cosas. El cristiano no abandona el mundo. Penetra en él más profundamente. Descubre en cada realidad una dimensión que antes permanecía oculta.

A partir de aquí se comprende mejor qué son los sacramentos. Los siete sacramentos no constituyen realidades aisladas que aparecen de forma arbitraria dentro de la vida cristiana. Son puntos especialmente significativos dentro de una existencia que ya es sacramental en su totalidad. Cristo toma los momentos más importantes de la vida humana y los convierte en signos privilegiados que ayudan a redescubrir la dimensión sacramental de toda la realidad.

El bautismo se sitúa en el momento del nacimiento. Nacer es ya un acontecimiento cargado de significado. Pero el bautismo invita a descubrir que el nacimiento biológico no basta. El hombre está llamado a un segundo nacimiento, a una vida nueva que le permita comprender para qué existe realmente. El bautismo no añade simplemente un rito exterior al hecho de nacer. Revela el sentido profundo del nacimiento humano.

La confirmación aparece cuando la persona alcanza una mayor madurez y puede asumir personalmente aquello que otros habían aceptado por ella. Lo que comenzó como un don recibido se convierte ahora en una decisión consciente. La fe deja de ser únicamente una herencia para transformarse en una opción libremente asumida.

La penitencia ocupa otro lugar fundamental dentro de la experiencia humana. El hombre se equivoca, se pierde, se instala en la superficie de las cosas y olvida su verdadera orientación. El pecado consiste precisamente en quedarse atrapado en una realidad material sin descubrir la profundidad hacia la que remite. La reconciliación aparece entonces como el sacramento que permite recuperar la dirección perdida y volver a abrirse al horizonte que había quedado oculto.

El matrimonio constituye otro de los grandes momentos de la existencia. Dos personas deciden unir sus vidas, compartir su futuro y construir juntas una historia común. Este acontecimiento humano posee ya una enorme riqueza. Pero precisamente por ello se convierte también en sacramento. El amor humano deja de ser únicamente una realidad privada para transformarse en signo de una realidad más amplia, más profunda y más duradera.

La unción de los enfermos acompaña el momento en que la fragilidad humana se hace especialmente visible. Allí donde la enfermedad, el deterioro o la cercanía de la muerte parecen cerrar todas las posibilidades, la Iglesia recuerda que incluso esa situación posee una dimensión sacramental. También desde el sufrimiento puede abrirse un camino hacia la plenitud.

El orden sacerdotal representa otra de las grandes decisiones de la existencia. Algunas personas orientan toda su vida hacia el servicio de la comunidad y de los sacramentos. Esta dedicación no constituye simplemente una función social o religiosa. Se convierte también en un signo visible de una realidad que trasciende la vida ordinaria.

Todos estos sacramentos encuentran su culminación en la Eucaristía. Por eso se la denomina el sacramento de los sacramentos. Todos los demás conducen hacia ella y reciben de ella su significado más pleno. En la Eucaristía se concentra toda la lógica sacramental de la creación. El pan y el vino son elementos profundamente significativos porque representan el encuentro entre la naturaleza y el trabajo humano. Proceden de la tierra, pero han sido transformados por el esfuerzo del hombre. Son creación y colaboración humana al mismo tiempo.

Precisamente por eso resultan tan adecuados para expresar el misterio cristiano. El hombre toma los frutos de la creación, los trabaja, los transforma y los ofrece. Cristo recoge esa realidad humana y la lleva hasta su significado definitivo. Lo que parecía simplemente pan y vino revela

una profundidad que no era visible a primera vista. Se convierten así en la expresión más perfecta de toda la dinámica sacramental.

La Eucaristía resume lo que sucede en toda la existencia. La vida humana nace en la creación, se desarrolla mediante el trabajo, el amor, el sufrimiento y las decisiones personales, pero no termina ahí. Todo está llamado a abrirse hacia una plenitud mayor. El pan y el vino representan simbólicamente la totalidad de esa experiencia. Son la creación llevada a su cumplimiento.

Por eso los sacramentos no pueden entenderse como actos aislados destinados a obtener beneficios espirituales. Constituyen expresiones visibles de una verdad mucho más amplia. Toda la creación es sacramental. Toda la existencia humana es sacramental. Los siete sacramentos simplemente señalan de forma privilegiada aquello que ya está presente en toda la realidad: que nada existe únicamente para sí mismo y que todo cuanto existe apunta hacia una plenitud que lo supera.

La vida entera se convierte así en un camino sacramental. Cada encuentro, cada decisión, cada alegría y cada sufrimiento contienen la posibilidad de abrir una puerta hacia una realidad más profunda. Quien aprende a mirar de esta manera descubre que el mundo no es una colección de objetos aislados, sino una inmensa red de signos que remiten continuamente al misterio último de la existencia. Los sacramentos no crean esa realidad. La revelan. Ayudan a reconocer lo que siempre estuvo presente: que toda la creación habla de algo mayor que ella misma y que toda vida humana está llamada a participar de esa plenitud.

La construcción del mundo

La gran dificultad del hombre moderno consiste en haber confundido la realidad con la materia. Durante siglos Occidente ha ido construyendo una visión del mundo en la que aquello que se puede tocar, medir o poseer ha terminado convirtiéndose en el criterio fundamental para juzgar todas las cosas. Poco a poco se ha llegado a creer que la materia es la realidad última y que más allá de ella no existe nada verdaderamente importante. Sin embargo, esta forma de mirar el mundo constituye una profunda deformación de la realidad.

Un error sobre la realidad no es algo teórico o inofensivo. Tiene consecuencias prácticas enormes. Quien confunde el agua con tierra firme puede acabar ahogándose. Quien confunde la tierra con agua puede terminar golpeándose contra ella. La equivocación intelectual genera una conducta equivocada, y la conducta equivocada termina produciendo sufrimiento. Del mismo modo, una comprensión errónea de la realidad transforma radicalmente la manera de vivir.

La crisis que atraviesa el mundo occidental no nace únicamente de problemas económicos, políticos o sociales. En su raíz existe un problema mucho más profundo: una comprensión equivocada de lo real. Se ha identificado la realidad con la materia y se ha olvidado que la materia representa sólo una pequeña parte de todo cuanto existe. Lo visible ha ocupado el lugar de lo invisible. Lo provisional ha sido tratado como definitivo. Lo que debía ser un camino se ha convertido en una meta.

La realidad es mucho más amplia que la materia. El mundo visible constituye únicamente la frontera exterior de algo inmensamente más rico. Existe una dimensión invisible que sostiene y da sentido a todo cuanto vemos. La materia no es el centro de la realidad, sino su límite. Lo visible no es lo más importante. Es simplemente la forma en que lo invisible se manifiesta.

La física moderna ha contribuido incluso a desmontar la antigua idea de una materia sólida y autosuficiente. Hoy sabemos que aquello que hace que la materia sea materia no es material en sentido estricto. Lo que parecía la realidad más firme acaba revelándose como algo mucho más complejo y misterioso. La propia ciencia ha comenzado a señalar que el universo es mucho más profundo de lo que los sentidos perciben.

Por eso la materia sólo puede entenderse correctamente cuando se reconoce su dimensión simbólica. Todo cuanto existe remite a algo más allá de sí mismo. Las cosas visibles tienen valor precisamente porque señalan una realidad que no se ve. La misión de la materia consiste en

abrir una puerta hacia algo más profundo. Cuando se la contempla como una realidad cerrada en sí misma pierde su verdadero significado.

Lo visible existe para conducir hacia lo invisible. Todo cuanto perciben los sentidos actúa como una señal. Las cosas no están ahí para que el hombre se instale en ellas, sino para impulsarlo hacia una realidad mayor. La materia cumple su función cuando deja de retener y comienza a señalar. Su verdadera misión consiste en convertirse en una especie de trampolín que lanza al hombre más allá de ella misma.

Por eso puede afirmarse que lo que se ve es la manifestación de lo que no se ve. Los ojos contemplan una realidad material, pero esa realidad sólo adquiere sentido cuando permite descubrir una profundidad que permanece oculta. Lo visible es el testimonio de lo invisible. Es la forma en que aquello que no puede percibirse directamente se hace accesible al hombre.

Esta lógica puede aplicarse a todas las dimensiones de la existencia. El cuerpo humano no es simplemente un cuerpo. Es una ventana a través de la cual se manifiesta una persona. Una flor no es solamente una flor. Una amistad no es solamente una relación social. Una alegría o una desgracia no son simples acontecimientos aislados. Todo remite continuamente a una realidad más profunda.

La cultura contemporánea parece estar avanzando lentamente hacia el redescubrimiento de esta dimensión. Después de siglos de materialismo, comienza a surgir la intuición de que la realidad visible no basta para explicar la totalidad de la experiencia humana. Cada vez resulta más evidente que el hombre necesita algo más que bienestar material, éxito económico o desarrollo tecnológico. Hay preguntas que permanecen abiertas y que no encuentran respuesta en el ámbito de lo puramente visible.

La gran equivocación de Occidente ha consistido en convertir la materia en una meta. Se ha intentado construir un paraíso definitivo dentro de la historia, una sociedad perfecta basada únicamente en elementos materiales. Se ha confiado en la política, en la economía, en la técnica y en la organización social como si pudieran proporcionar por sí mismas una plenitud definitiva. Pero todas estas realidades son provisionales. Son importantes, pero no son terminales. Son caminos, no destinos.

Por eso los problemas profundos de la humanidad no podrán resolverse únicamente mediante reformas políticas, económicas o educativas. Mientras se mantenga una visión equivocada de la realidad, las soluciones seguirán siendo insuficientes. No basta con mejorar aquello que ya existe. Es necesario comprender de nuevo para qué existe.

La vida humana sólo adquiere sentido cuando descubre que todo cuanto encuentra en el camino apunta más allá de sí mismo. Ninguna posesión, ningún éxito, ningún placer y ninguna institución pueden constituir la meta definitiva. Todo remite a algo mayor. Todo es provisional. Todo es una promesa.

Desde esta perspectiva se comprende mejor la naturaleza de los sacramentos. Toda la creación posee una estructura sacramental porque toda ella remite continuamente a una realidad más profunda. Los sacramentos de la Iglesia no son realidades aisladas dentro de un universo material. Son recordatorios privilegiados de una verdad que afecta a toda la existencia.

Cristo situó esos sacramentos en los momentos decisivos de la vida humana para impedir que el hombre olvidara esta dimensión. El nacimiento remite a un nacimiento más profundo. El alimento remite a un alimento definitivo. El amor humano remite a una comunión más plena. La enfermedad y la muerte remiten a una transformación definitiva. Los sacramentos recuerdan constantemente que nada termina en sí mismo.

Sin embargo, también los sacramentos pueden ser malinterpretados. Del mismo modo que el hombre puede quedarse atrapado en la materia sin descubrir aquello a lo que remite, puede quedarse atrapado en el propio rito. Cuando el sacramento se convierte en una costumbre, una obligación o un acto social, pierde precisamente aquello que le da sentido.

Por eso resulta posible participar en los sacramentos sin comprender realmente lo que significan. Se puede asistir a misa como quien cumple una obligación. Se puede recibir la comunión como quien consume un objeto religioso. Se puede bautizar a un hijo, casarse por la Iglesia o participar en cualquier celebración sin descubrir la realidad profunda que esos signos pretenden revelar.

Este fenómeno puede describirse como un consumismo sacramental. La misma mentalidad que utiliza y desecha objetos acaba aplicándose también a la experiencia religiosa. Los sacramentos se consumen igual que se consumen otros bienes. Se usan porque toca usarlos. Se cumplen porque forman parte de determinadas costumbres sociales. Pero dejan de actuar como ventanas abiertas hacia el misterio.

La misión auténtica de los sacramentos es justamente la contraria. No están destinados a retener al hombre en sí mismos, sino a impulsarlo más allá de ellos. Son señales colocadas en el camino para recordar constantemente que toda la vida posee una dimensión más profunda de la que parece a primera vista.

Lo mismo sucede con la catequesis. La tarea del catequista no consiste en convertirse en una meta para quienes le escuchan. Su misión consiste en actuar como una transparencia. Debe ayudar a otros a atravesar su propia persona para descubrir una realidad mayor. Un buen catequista no retiene a quienes le siguen. Los conduce más allá de sí mismo.

La enseñanza cristiana no consiste principalmente en transmitir información religiosa. Consiste en ayudar a descubrir una manera nueva de mirar la realidad. Todo cuanto existe puede convertirse en camino hacia Dios. Todo puede actuar como un signo que remite a una plenitud más grande. La auténtica educación cristiana enseña precisamente a mirar de esta forma.

Por eso San Pablo insiste en desmontar todas las falsas seguridades religiosas. Ni el conocimiento, ni la capacidad de predicar, ni los dones espirituales, ni la fe capaz de mover montañas, ni siquiera el martirio poseen valor por sí mismos. Todas estas realidades pueden convertirse también en simples formas de materialismo espiritual. Pueden transformarse en nuevas maneras de instalarse en algo provisional.

Sólo existe una realidad verdaderamente definitiva: el amor. Todo lo demás es camino. La fe es necesaria mientras el hombre avanza. La esperanza es necesaria mientras espera aquello que todavía no posee. Pero cuando se alcanza la meta, ambas desaparecen. La fe deja paso a la visión. La esperanza deja paso a la posesión. Sólo el amor permanece.

Por eso el amor constituye el núcleo último de toda la experiencia cristiana. Todo cuanto existe remite hacia él. Toda la creación es sacramental porque señala una realidad más profunda. Todos los sacramentos son sacramentales porque apuntan más allá de sí mismos. Incluso la fe y la esperanza son sacramentales porque conducen hacia algo mayor. Al final de todo el recorrido permanece únicamente aquello hacia lo que apuntaban todas las señales: el amor.

Las grandes fórmulas

La fe es una de las realidades más difíciles de explicar porque pertenece al ámbito de las experiencias profundas del ser humano. Las definiciones teológicas pueden ser correctas, pero rara vez consiguen transmitir toda la riqueza de lo que significa creer. Por eso la tradición bíblica recurre constantemente a relatos, imágenes y parábolas. La fe no se comprende únicamente mediante conceptos; se comprende sobre todo a través de una historia. Y la gran historia de la fe tiene un nombre: Abraham.

Abraham ocupa un lugar singular en toda la tradición religiosa. Judíos, cristianos y musulmanes lo reconocen como padre espiritual. No es únicamente un personaje del pasado. Es una figura que resume una determinada manera de vivir. Su importancia no se debe tanto a lo que poseía como a lo que estuvo dispuesto a abandonar.

La historia comienza presentándolo como un hombre poderoso. Posee tierras, rebaños, sirvientes, riqueza y seguridad. Todo aquello que una persona podría desear parece encontrarse ya en sus manos. Sin embargo, precisamente cuando parece haber alcanzado una situación estable y confortable, escucha una llamada inesperada. Dios le pide que abandone la tierra de sus padres, sus seguridades y todo aquello sobre lo que ha construido su vida. Le invita a partir hacia una tierra nueva.

La petición contiene una exigencia sorprendente. Dios no le muestra primero el destino para que después decida si le interesa emprender el viaje. Le pide que se ponga en camino sin conocer todavía el final. La promesa existe, pero el destino permanece oculto. Abraham debe caminar antes de comprender completamente hacia dónde se dirige.

Aquí aparece la primera gran característica de la fe. Creer no consiste en poseer todas las respuestas antes de comenzar. Consiste en aceptar la invitación a caminar incluso cuando no se dispone de todas las seguridades. La fe no elimina el riesgo ni la incertidumbre. Lo que hace es permitir que una persona siga avanzando a pesar de ellos.

Por eso Abraham se convierte en modelo de todo creyente. La fe comienza cuando alguien descubre que ninguna situación, por perfecta que parezca, puede convertirse en una morada definitiva. Lo que hoy parece seguro mañana puede desaparecer. Lo que hoy parece suficiente mañana puede quedarse pequeño. La vida entera está marcada por una llamada constante a seguir avanzando.

El relato insiste además en otro detalle significativo. Abraham no construye palacios. Vive en tiendas de campaña. Cada noche levanta una tienda para descansar y cada mañana la desmonta para continuar el viaje. La tienda simboliza perfectamente la condición del creyente. Sirve para vivir, pero no para quedarse. Protege durante una etapa, pero no constituye el destino final.

Esta imagen posee una enorme fuerza. Muchas veces el hombre transforma en palacio aquello que sólo debía ser una tienda. Convierte en definitivo lo que era provisional. Se instala en sus éxitos, en sus conocimientos, en sus costumbres, en sus seguridades o incluso en sus creencias. Cuando esto sucede deja de caminar. Y dejar de caminar significa perder precisamente aquello que define la fe.

La carta a los Hebreos desarrollará esta idea con especial profundidad. Presenta a Abraham como el hombre que nunca se instaló definitivamente en ningún lugar. Vivió siempre como peregrino porque comprendió que la meta estaba siempre más allá de cualquier situación alcanzada. Su vida entera fue un viaje.

Esta enseñanza no se limita a las riquezas materiales. Sería fácil pensar que la llamada afecta únicamente a los bienes económicos o a las posesiones externas. Sin embargo, la exigencia es mucho más profunda. También las seguridades intelectuales, religiosas y espirituales pueden convertirse en formas de inmovilidad.

Existe la tentación de creer que ya se sabe suficiente, que ya se ha llegado lo bastante lejos o que ya se posee toda la verdad necesaria. Sin embargo, la fe auténtica impide esa instalación. El creyente nunca considera concluido su camino. Siempre permanece abierto a una comprensión más profunda de Dios, de sí mismo y de la realidad.

Por eso la tradición cristiana habla de la Iglesia como una comunidad peregrina. No se trata simplemente de una imagen poética. Expresa una verdad fundamental. La Iglesia no es una realidad terminada. Está en camino. Cada creyente forma parte de ese movimiento. La fe no es una posesión estática, sino una búsqueda constante.

La historia de Abraham enseña además que caminar implica confiar. No basta con abandonar algo. Es necesario aceptar que la dirección del camino no siempre estará clara. Habrá momentos de incertidumbre, de cansancio y de duda. Habrá ocasiones en las que parezca más razonable regresar a las seguridades conocidas. Sin embargo, precisamente en esos momentos la fe revela su auténtica naturaleza.

La confianza de Abraham no nace de una certeza absoluta sobre el futuro. Nace de la relación con quien lo llama. No confía porque conozca perfectamente el destino. Confía porque conoce a quien le invita a caminar. La fe no consiste tanto en poseer información como en establecer una relación de confianza.

Por eso el relato conserva toda su actualidad. Cada generación debe enfrentarse a la misma pregunta. ¿Está dispuesta a abandonar aquello que la mantiene inmóvil? ¿Está dispuesta a seguir caminando cuando el camino resulta incierto? ¿Está dispuesta a aceptar que ninguna situación puede convertirse en definitiva?

La respuesta a estas preguntas determina la diferencia entre una vida estática y una vida abierta al futuro. Abraham representa precisamente esa apertura. Su grandeza no consiste en haber llegado, sino en haber aceptado partir. No consiste en haberse instalado, sino en haber permanecido siempre disponible para continuar avanzando.

La fe aparece así como una actitud permanente de búsqueda. No es la tranquilidad de quien ya posee todo cuanto necesita. Es la disponibilidad de quien sigue caminando porque sabe que la plenitud todavía está por delante. El creyente vive siempre entre una promesa recibida y una promesa todavía no cumplida.

Por eso Abraham puede ser considerado padre de todos los creyentes. Su historia muestra que la fe no consiste en aferrarse a una seguridad, sino en aceptar una llamada. No consiste en permanecer inmóvil, sino en caminar. No consiste en instalarse, sino en mantenerse abierto a una realidad siempre mayor que cualquier conquista alcanzada.

La vida del creyente se convierte así en una peregrinación continua. Cada etapa tiene valor, pero ninguna es definitiva. Cada logro merece gratitud, pero ninguno puede transformarse en meta absoluta. Todo cuanto se recibe está destinado a impulsar un paso más. Y precisamente por eso la fe permanece siempre viva: porque nunca deja de caminar.

Un vocabulario nuevo

La transmisión de la fe siempre ha estado ligada a la cultura de cada época. La fe es un don de Dios y, por tanto, no puede ser fabricada ni transmitida por los hombres, pero los contenidos de la fe sí necesitan ser explicados, comprendidos y comunicados dentro del lenguaje y de la sensibilidad de cada generación. Por eso toda catequesis debe preguntarse continuamente si los caminos que utiliza siguen siendo válidos para los hombres de su tiempo. No basta con repetir fórmulas heredadas. Es necesario descubrir de nuevo los fundamentos sobre los que debe construirse la fe para que no se convierta en una casa levantada sobre arena.

Muchas veces se ha intentado construir el cristianismo añadiendo elementos religiosos sobre una base humana insuficientemente desarrollada. Sin embargo, el verdadero fundamento de toda catequesis es la creación. Antes de ser cristiano, el hombre es hombre. Y precisamente por eso el cristianismo no puede edificarse al margen de la condición humana. Si se descuida al hombre para construir al cristiano, se acaba destruyendo el mismo terreno sobre el que la fe debe crecer.

La gran equivocación de muchos siglos ha consistido en pensar que ser cristiano significa añadir algo al hombre. Como si el hombre fuera una realidad incompleta a la que hubiera que incorporar posteriormente un complemento religioso. Pero la creación no fue un error que necesitara ser corregido. Dios no creó al hombre de manera defectuosa para repararlo después mediante Cristo. La creación estaba orientada desde el principio hacia Cristo. Todo fue creado en Él, por Él y para Él. Si Cristo no hubiera estado presente en el proyecto creador desde el primer instante, la creación misma no habría comenzado.

La historia de la salvación no puede entenderse como una secuencia formada por creación, caída y reparación. La creación lleva en su interior, desde el principio, la presencia de Cristo. Todo cuanto existe encuentra en Él su fundamento último. La creación es una realidad dinámica que avanza continuamente hacia su plenitud. No es una estructura estática, sino una realidad viva que se despliega constantemente a lo largo de la historia.

Dentro de esa dinámica aparece el hombre. El ser humano forma parte de ese movimiento creador y está llamado a desarrollarse hasta alcanzar toda la profundidad de su propia humanidad. Por eso la pregunta decisiva es qué añade Cristo al hombre. Y la respuesta resulta sorprendente: Cristo no añade nada.

Esta afirmación puede parecer escandalosa, pero expresa una de las intuiciones más profundas del cristianismo. Cristo no llega para superponer una nueva realidad al hombre. Llega para revelar quién es. Su función no consiste en añadir pisos nuevos al edificio humano, sino en recorrer el velo que impide al hombre conocerse plenamente. Cristo es revelación precisamente porque descubre aquello que ya estaba presente y permanecía oculto.

Cuando Cristo invita a mirar los pájaros del cielo o las flores del campo no está creando una realidad nueva. Los pájaros ya existían y las flores también. Lo que hace es enseñar a verlas. Lo mismo ocurre con el hombre. Cristo no fabrica una humanidad distinta. Enseña al hombre a descubrir la profundidad que ya existe dentro de él.

Ser cristiano significa entonces llegar a comprender qué significa verdaderamente ser hombre. El cristiano no es un hombre al que se le han añadido determinadas prácticas religiosas. Es un hombre que ha descubierto el sentido profundo de su propia humanidad. Cristo revela al hombre su verdadera identidad.

Por eso el modelo definitivo es Cristo mismo. La tradición cristiana afirma que Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Sin embargo, esta afirmación sólo se comprende adecuadamente cuando se reconoce que Cristo es el hombre plenamente realizado. Es el hombre que ha desarrollado todas sus posibilidades hasta el límite. Y cuando el hombre alcanza la totalidad de sus posibilidades descubre inevitablemente a Dios.

No se trata de dos realidades yuxtapuestas. No es que Cristo sea hombre por un lado y Dios por otro. La profundidad absoluta de lo humano desemboca en Dios. Cuanto más plenamente hombre es una persona, más cerca se encuentra del misterio que llamamos Dios. Por eso Cristo puede ser contemplado como la realización perfecta de la vocación humana.

La tarea de la catequesis consiste entonces en ayudar al hombre a descubrir quién es. No en imponerle desde fuera una serie de normas o comportamientos, sino en acompañarlo en el descubrimiento de su propia profundidad. Lo importante no es construir un cristiano artificial. Lo importante es ayudar al hombre a ser plenamente hombre.

Desde esta perspectiva cambian también las prácticas religiosas. Durante siglos se vivió en sociedades donde las estructuras sociales eran explícitamente cristianas. Las prácticas religiosas formaban parte de la vida cotidiana de manera casi automática. Bautizarse, asistir a misa, confesarse o casarse por la Iglesia eran comportamientos socialmente asumidos. Sin embargo, cuando desaparece ese contexto cultural, las prácticas dejan de sostenerse por sí mismas.

Por eso resulta un error comenzar la educación cristiana por las prácticas. Las prácticas no producen el cristianismo. Es el cristianismo el que produce las prácticas. Un hombre no se convierte en creyente porque repita determinadas acciones externas. Las acciones sólo tienen sentido cuando nacen de una transformación interior.

La esencia del cristianismo no se encuentra en las prácticas. Se encuentra en el amor. Cristo no dejó una larga lista de obligaciones como núcleo de su mensaje. Dejó un mandamiento: amaos los unos a los otros. Todo lo demás depende de esta realidad fundamental.

Amar significa desarrollar plenamente la humanidad. El amor constituye la expresión más profunda de lo que el hombre está llamado a ser. Por eso la catequesis debe comenzar enseñando a amar. Amar significa respetar al otro, aprender a convivir, ser honrado, actuar con sinceridad, cuidar las propias responsabilidades y descubrir que la vida humana sólo encuentra plenitud cuando se entrega.

Las pequeñas acciones cotidianas poseen aquí una importancia decisiva. Aprender a escuchar, cumplir una palabra dada, cuidar el propio trabajo, respetar a los demás, actuar con limpieza de corazón o asumir las propias obligaciones forman parte de la educación para el amor. Y sin esa educación humana resulta imposible construir una experiencia cristiana sólida.

Cuando el hombre aprende a amar, las prácticas religiosas encuentran espontáneamente su lugar. Ya no aparecen como imposiciones externas, sino como expresiones naturales de una vida interior que busca manifestarse. Las prácticas nacen del amor, igual que los frutos nacen del árbol.

La experiencia cristiana se desarrolla además a través de una realidad que la tradición llama carisma. El carisma es un don de Dios concedido a cada persona. No se dirige a las funciones externas ni a las estructuras sociales. Se dirige al núcleo más profundo de la persona, allí donde cada ser humano es irrepetible.

Cada hombre recibe un modo singular de manifestar la presencia de Dios. Algunos poseen el don de consolar. Otros el de enseñar. Otros el de servir. Otros el de profetizar. Otros el de animar o construir comunidad. La Iglesia no se edifica únicamente mediante estructuras visibles. Se construye sobre todo mediante la acción de estos dones personales que nacen en el corazón de los creyentes.

Por eso la Iglesia vive siempre entre dos polos: la jerarquía y el carisma. La jerarquía organiza, coordina y sirve a la comunidad. El carisma aporta creatividad, vida y renovación. Ambos

elementos son necesarios, pero la verdadera vitalidad de la Iglesia nace siempre de la acción del Espíritu en las personas concretas.

La historia demuestra que cada vez que la Iglesia ha puesto todo el peso en las estructuras de poder ha corrido el riesgo de alejarse de su propia esencia. En cambio, cuando ha permitido florecer los carismas personales, ha surgido una extraordinaria riqueza espiritual. Los grandes santos, los profetas y los renovadores de la historia cristiana nacieron precisamente de esta acción libre del Espíritu.

El futuro de la catequesis dependerá en gran medida de la capacidad para recuperar esta visión. Ya no basta con transmitir prácticas o repetir fórmulas aprendidas. Es necesario ayudar a cada persona a descubrir su propia vocación humana y cristiana. El camino hacia Dios pasa por el descubrimiento de la verdad más profunda del hombre.

La fe del futuro tendrá que apoyarse menos en costumbres heredadas y más en experiencias personales auténticas. Tendrá que enseñar a mirar la creación, a comprender la propia humanidad, a descubrir la fuerza del amor y a reconocer la acción de Dios en el interior de cada persona.

Porque, en definitiva, el hombre es el lugar privilegiado donde Dios se revela. Quien aprende a entrar en profundidad dentro de sí mismo acaba encontrando aquello que buscaba. Y quien descubre la grandeza de la vocación humana termina comprendiendo que el cristianismo no es otra cosa que la plena realización de esa vocación.